



Capítulo 99

El Reino Unido está compuesto por ocho naciones, tres ducados y cuatro ciudades. Sin embargo, solo cinco naciones son participantes principales de la coalición y pueden asistir a este consejo.

El Reino de Asteria

El Reino de Ashtalon

El Reino de Caliban

El reino de Colonia

El Reino de Raksas

Aunque el Reino Sagrado de Rosario podría participar técnicamente en el consejo, lleva mucho tiempo absteniéndose de hacerlo. Incluso cuando asistieron en el pasado, fue solo en circunstancias apremiantes, y aun así, fueron representantes por debajo del papa quienes acudieron. Por lo tanto, las cinco naciones principales eran, en la práctica, el corazón del Reino Unido.

«Hmm. Ese asunto no es algo que podamos manejar por nuestra parte».

«¿Dices eso a pesar de que el 30 % de los monstruos que cruzan las fronteras provienen de tu región? ¿De verdad sugieres que lo dejemos pasar?».

«¿No deberíamos esforzarnos por la coexistencia? Después de todo, algunos de esos productos comerciales...».



Los reyes sentados a la mesa intercambiaron breves saludos antes de sumergirse en discusiones sobre políticas nacionales tan intrincadas que ni siquiera Alon podía comprenderlas del todo. Lo que sí entendía era que todos se esforzaban por obtener beneficios políticos de este consejo.

«Los aliados y los enemigos cambian con cada cambio de tema», reflexionó Alon.

Al debatir el primer punto del orden del día, el Reino de Asteria y el Reino de Caliban eran aliados, pero con el segundo tema, se convirtieron en adversarios como por arte de magia. En el tercer punto del orden del día, volvieron a ser aliados. Al observar este teatro político, Alon no pudo evitar pensar:

«Si ese es el caso, ¿puede realmente existir algo así como un rey incompetente?».

Miró a Carmaxes III, que había aparecido en una reunión anterior. Ya no tenía el comportamiento jovial y ligeramente distraído que había mostrado entonces. En cambio, ahora estaba profundamente absorto en el intercambio político, inquebrantable y preciso.

«Puede que haya reyes emocionales, pero no hay reyes tontos».

Alon se maravillaba de la rapidez con la que se resolvían los temas y se pasaba a otros nuevos, aunque apenas podía seguir el ritmo.

«Muy bien, demos por terminado el día. Después de todo, nos veremos durante los próximos tres días».

Así concluyó el primer día del consejo.



Después...

«Buen trabajo», dijo Siyan.

«De nada», respondió Alon, negando con la cabeza.

A decir verdad, no se había esforzado mucho. Su función como asistente consistía simplemente en asistir a las discusiones y escuchar a los reyes. No había contribuido activamente en nada.

«¿Qué te ha parecido?», preguntó ella.

«¿Sobre qué, concretamente?».

«El consejo».

Ante su pregunta, Alon hizo una breve pausa, fingiendo reflexionar. En realidad, no había entendido gran cosa. No era que el idioma le resultara incomprensible, sino que no lograba desentrañar los matices políticos que se escondían tras sus palabras.

En cambio, Alon se encontró observando a Siyan. Su comportamiento en este consejo era notablemente diferente al que se le atribuía en el juego Psychedelia.



«En Psychedelia, se la describía como una gobernante demasiado perezosa para gobernar, que dejaba todo en manos de los nobles. Y esa descripción parecía acertada...».

Sin embargo, ahí estaba ella, participando en el tira y afloja político, aunque no con tanta destreza como los demás reyes.

«Lo siento, pero no me corresponde a mí juzgar», respondió finalmente Alon, pasando por alto su ignorancia.

Ante su vaga respuesta, Siyan se rió suavemente.

«Estás siendo modesto».

Su tono divertido daba a entender que lo había calado. Ocultando su incomodidad tras una expresión neutra, Alon permaneció en silencio.

«Bueno, no importa. No pasa nada, ya que tengo que pedirte un favor más».

«¿Un favor?», repitió Alon.

«Sí».

«¿Qué es?».

Ante su pregunta, Siyan le reveló su petición.

«Si no te importa, ¿podrías visitar el valle de Rono?».



«¿El valle de Rono...?»

«Sí. ¿Lo conoce?».

«Sí».

El valle de Rono. Aunque Alon nunca había visitado ese lugar en este mundo, lo conocía bien. Era un lugar al que acudía a menudo en Psychedelia y que tenía pensado visitar tan pronto como concluyera la reunión del consejo.

«Allí encontrarás las ruinas de Malaca».

«¿Las ruinas de Malaca...?»

«Sí. Solo tienes que visitarlas».

Ante sus palabras, Alon se detuvo en silencio antes de preguntar:

«¿Hay alguien allí a quien deba entregar un mensaje? ¿O tal vez algún objeto que deba recuperar?».

«No. Solo tienes que ir y volver».

«¿Solo irme... y volver?»

«Así es».



Alon estaba desconcertado por la críptica instrucción de la reina.

«Bueno, una vez que estés allí, comprenderás por qué te he pedido esto. A partir del tercer día del consejo, no es necesario que me sigas. Muévete como mejor te parezca».

Dejando a Alon con un simple «Descansa un poco», Siyan se marchó con sus acompañantes y regresó a sus aposentos.

«...»

Durante un rato, Alon se quedó quieto, con una expresión sutilmente perpleja.

De vuelta en su habitación, Alon se sentó junto a la ventana y se quedó mirando fijamente a lo lejos. De repente, recordó un comentario que había escuchado una vez de un observador:

«¿Te parece bonito?».

Sin querer, Alon miró al cielo. La noche oscura estaba salpicada de innumerables estrellas que formaban una brillante Vía Láctea. Algunas estrellas brillaban intensamente junto a la luna, mientras que otras, pequeñas pero nítidas, titilaban sin cesar.

«Pensándolo bien, el observador tenía una expresión extrañamente agrídice. ¿Qué podría haberla causado?».

Absorto en sus pensamientos, Alon se sobresaltó de repente.



—¡Maestro!

De repente, un rostro familiar apareció fuera de la ventana, sobresaltándolo. Luchó por calmar su acelerado corazón.

«... ¿Seolrang?».

«¡Sí, maestro!»

«Me has asustado».

«¡Ni hablar! ¡Maestro, no parecía asustado en absoluto!».

Pero Alon estaba realmente sorprendido. Aun así, decidió continuar con la conversación.

«¿Qué te trae por aquí?».

«¿Eh? No hay ningún motivo en particular. Solo he venido a verte».

«¿Solo... porque sí?».

«¡Sí! ¡Te extrañé!».

Seolrang sonrió alegremente, moviendo la cola como un cachorro ansioso por saludar a su dueño, sentado casualmente en el alféizar de la ventana.



«¿Es eso... un problema?».

«No exactamente».

Alon desvió la mirada hacia la luna creciente que se asomaba entre las estrellas y reflexionó brevemente. Tras un momento, dijo:

«Me voy a un lugar. ¿Quieres venir conmigo?».

«¡Claro!»

Sin preguntar adónde se dirigían, Seolrang saltó del saliente, realizando un elegante giro antes de aterrizar con ligereza en el suelo. Al verla, Alon se levantó de su asiento.

Dudó brevemente, ya que el lugar al que se dirigía contenía un objeto exclusivo de Tern, pero...

«Bueno, no debería importar. Ella guardará el secreto si se lo explico».

Viajar con Seolrang no causaría ningún problema, decidió Alon.

«Sin embargo, nuestro destino es un secreto».

«¿Un secreto?».

«Sí».



«¿Solo nosotros dos?».

«Así es».

«Vaya».

«¿Por qué esa reacción?».

«¡Es genial!»

Seolrang repitió la palabra «dos» varias veces, sonriendo mientras movía la cola como un molino de viento y aguzaba las orejas.

Al ver su alegre reacción, Alon sonrió con cariño para sus adentros antes de salir.

El destino de Alon era la prisión subterránea de Tern.

El lugar estaba completamente a oscuras, sin siquiera lámparas mágicas que iluminaran el camino. Mientras se preparaba para lanzar un hechizo para iluminar el camino, Seolrang intervino.

«¿Quiere que lo ilumine, maestro?».

«... ¿Puedes hacerlo?».



«¡Por supuesto!».

Con un crujido, Seolrang invocó un rayo y una luz brillante iluminó los alrededores.

«¿Qué tal?»

«... No sabía que podías hacer eso».

Juntos se adentraron en la prisión subterránea hasta llegar al final.

«Debería estar por aquí en algún lugar».

Al examinar la pared, Alon comenzó a tocar los ladrillos. Pronto se dio cuenta de que uno de ellos se movía con una holgura inusual. Al presionarlo con precisión, activó el mecanismo oculto.

Y entonces...

¡Rumble, rumble, rumble!

Con un sonido mecánico, los ladrillos que momentos antes formaban una pared sólida comenzaron a desplazarse, uno por uno, despejando el camino.

«¡Vaya...!».

Seolrang jadeó sorprendido al ver cómo los ladrillos encajaban en su sitio como una máquina, formando una puerta. Incluso Alon, que había visto esta



escena innumerables veces en el juego, no pudo evitar sentir la emoción de un aventurero al presenciarla en la vida real.

iBoom!

Con un último ruido fuerte, la puerta quedó terminada. Al entrar, se encontraron en una caverna iluminada por un resplandeciente brillo verde, cuya belleza era impresionante.

«Tenemos que seguir un poco más», dijo Alon.

«De acuerdo», respondió Seolrang con entusiasmo.

Comenzaron a adentrarse en la cueva. Después de lo que a Alon le parecieron unos diez minutos, llegaron al final de la caverna: una espaciosa cámara bañada por una luz verde.

[¿Eh? ¿Un humano?]

«Ah».

En la cámara había una pequeña hada, del tamaño de un niño, vestida con brillantes ropas azules. Miró a Alon con una mezcla de curiosidad y sorpresa. Alon dejó escapar un suave suspiro.

«... Es Tovette. Qué suerte la mía».

El artefacto escondido en la prisión subterránea de Tern, la Mano del Errante, estaba custodiado por cinco hadas que se turnaban para vigilarlo



cada dos días. Para conseguir el artefacto, Alon tendría que superar una prueba impuesta por el hada que estuviera de guardia cuando llegara.

Y hoy...

«Tsk...»

Era Tovette, cuya prueba era famosa por su dificultad. En realidad, la prueba en sí no era especialmente complicada: se trataba de un juego de pilla-pilla.

El problema era que la velocidad de Tovette era más que absurda. Podía superar no solo a maestros espadachines, sino incluso a magos capaces de encadenar hechizos de teletransporte.

En términos de juego, mientras que un jugador normalmente podía moverse unas 8 casillas por turno a menos que utilizara habilidades especiales, Tovette podía moverse la asombrosa cifra de 106 casillas por turno.

«No se trata solo de atraparla, sino también de evadirla durante más de un minuto. Siendo realistas, es casi imposible».

Incluso en el juego, su prueba no estaba pensada para superarse de forma sencilla. En cambio, se animaba a los jugadores a utilizar miel de hadas del valle de Rono como cebo para distraerla.

«¿Por qué no pudo haber sido Geppetto o Kamita...? No, cualquiera menos Tovette habría estado bien».



Alon decidió rápidamente abandonar cualquier esperanza de obtener el artefacto ese día. A tres días de que terminara el consejo, podía volver mañana o pasado mañana, cuando hubiera otra hada de guardia.

Volviéndose hacia Seolrang, dijo: «Vamos».

«¡De acuerdo!».

Sin cuestionar su decisión, Seolrang asintió con prontitud.

[¿Eh? ¿Viniste hasta aquí en busca de tesoros, no? ¿Y ahora te vas sin más? Qué cobarde].

La hada azul se burló con tono sarcástico, como si le sorprendiera su repentina partida.

Alon decidió no responder. Sabía que discutir con Tovette solo la divertiría y le haría perder el tiempo.

[Tsk, tsk. Los humanos... siempre devorando lo que quieren sin una pizca de determinación. No son mejores que los duendes].

Frustrada por la tranquila retirada de Alon, Tovette continuó con sus provocaciones, claramente decepcionada porque su juego del pilla-pilla no iba a tener lugar.

Aunque Alon la ignoró, Seolrang no pudo hacerlo.

«Oye».



[¿Hmm?]

«¿Qué acabas de decir?»

[¿Por qué? ¿Me equivoqué?]

«¿Qué has dicho de mi maestro?»

[¿Mi maestro? Ah, ¿te refieres al cobarde que está huyendo sin siquiera intentar el juicio?]

Tovette sonrió con aire burlón.

[Lo llamé cobarde].

Como si estuviera encantada con su propia burla, la sonrisa burlona de Tovette se amplió, esperando que sus palabras irritaran a Seolrang. Y, efectivamente, la expresión de Seolrang dejaba claro que estaba lista para morder el anzuelo.

[Si quieres demostrar que me equivoco, ¿por qué no te enfrentas a mí en un juego de pilla-pilla?]

Tovette desapareció en un instante, con movimientos tan rápidos que parecían desafiar la vista, y su voz resonó con una sonrisa de satisfacción.

[Pero me pregunto... ¿puedes siquiera tocar la punta de mi ala?]



Antes de que Alon pudiera intentar impedir que ella se exaltara, de repente vio algo que lo dejó paralizado.

iCrackle!

Un destello dorado atravesó la cámara, brillante y violento.

«¿Ack...?!»

En un instante, Tovette se encontró atrapada. La mano de Seolrang agarró con fuerza el cuello de la hada, inmovilizándola.

Los ojos muy abiertos de Tovette reflejaban su sorpresa.

«Habla».

Los ojos dorados de Seolrang ardían de furia mientras miraba fijamente a pocos centímetros del rostro de Tovette.

«¿Qué acabas de decir?».